Rafael Franco y la Revolución de Febrero. Más allá del simplismo

Lic. Gustavo Alberto Bordón Toledo
bordoledo@hotmail.com

Resumen

No sin dejar de tomar partido, he aquí una propuesta de análisis, acaso no tan objetivo pero al menos con pretensiones de equidistancia, sobre los sucesos que desembocaron en la llamada Revolución Febrerista, iniciada con la asonada que destituyera al entonces presidente Eusebio Ayala, conductor civil de la Guerra del Chaco (1932 - 1935), antes de doce meses de la culminación de las hostilidades con Bolivia. Se realiza una mirada a los acontecimientos, sus causas, la ideología (o ideologías) del movimiento y la implicancia que, para la historia política de la República, tuvieron los 18 meses que duró el gobierno de Rafael Franco, héroe indiscutible de la guerra y caudillo de peso en su momento. Presenta una sintética exposición de las dos vertientes antagónicas de opinión sobre el hecho histórico y su alcance político, y una conclusión que no va más allá de una invitación al lector a la reflexión y a un juicio propio.

Palabras clave: revolución, Estado, febrerismo, Guerra del Chaco, poder militar

Tal vez el movimiento que desembocó en el golpe de Estado que derrocara al presidente Eusebio Ayala en 1936 podría haberse contado como uno de los tantos cuartelazos que se han producido en la primera mitad del siglo XX (y en la otra mitad también) en la accidentada vida política del Paraguay, a partir de la finalización de la hecatombe del 70. Pero lo cierto es que completamente no es así. Sea cual fuere la postura que uno asuma ante el movimiento de febrero y su breve intervención en la conducción de la República, no puede negarse que el mismo ha transformado sustancialmente la historia política del Paraguay. En efecto, se constituye en un hito que marca el fin de un periodo iniciado en 1870 (pasando por 1904), y que inicia otro completamente distinto, pues el Partido Liberal, que recuperara el poder al poco tiempo, fue perdiendo aceleradamente hegemonía y el dominio que hasta entonces ostentaba por sobre los demás sectores.

Para algunos, constituye el fin del dominio de la oligarquía liberal (oligarquía económica y política), para otros, la ruptura institucional de la República, acontecimiento aciago para la civilidad, la democracia, y la irrupción del modelo militarista en el gobierno del país.

La situación previa

El estado de cosas comenzó a ser preocupante en el Paraguay de la postguerra. La contienda chaqueña puso en evidencia, por un lado, la capacidad y el valer del pueblo de unirse y movilizarse en pos de la defensa de los intereses superiores de la nación contra el enemigo externo, y por otro, afloraron problemas que se habían incubado desde décadas atrás. Y apenas terminada la guerra, el desempeño brillante en el frente de batalla no ha repercutido en su beneficio y bienestar como pueblo.

Arturo Rahi cuestiona severamente el periodo de gobiernos liberales, en los que «hablando en nombre de la libertad, de la democracia y de los derechos del pueblo, se implementaron viles dictaduras que solo daño y perjuicio causaron al país», y agrega enfáticamente: «Muy pocas veces se gobernó pero siempre se mandó. Los regímenes surgidos de estos golpes formaron débiles estructuras gubernativas, con mucho de figura simbólica, pero sin casi ninguna representatividad». (Rahi, 1998: 23)

«Las concepciones que moldearon la vida nacional desde 1870 y mediante las cuales la nación acababa de salvarse de la catástrofe y había ganado la guerra, fueron sometidas a un confuso proceso de crítica disolvente que amenazaba arrasarlo todo, lo bueno y lo malo, si las clases dirigentes no procedían sin demora a una revisión integral» (Rahi, *idem*). No obstante, el mismo presidente Ayala interpretó esta inquietud popular, cuando ante el Congreso afirmó: «Una profunda revolución se está operando en nuestra nación, revolución cuyo proceso radica, hoy por hoy, íntegramente, en las conciencias». El clamor del presidente se expresa con palabras elocuentes: «No nos aferremos, nosotros que pretendemos ser guías e inspiradores del pueblo, a las viejas concepciones que van caducando. Falta que las clases responsables de la sociedad asuman el papel que les corresponde en nuestra democracia». Y «El país se encuentra en una situación que no admite compás de espera. Tenemos que obrar, y obrar enseguida». (Cardozo, 1996: 450)

Sus advertencias, empero, no fueron tenidas en cuenta. No prosperó en el Parlamento su proyecto de reforma agraria, el cual contenía avanzadas innovaciones. En la euforia de la victoria, las clases políticas dirigentes, en vez de concentrar sus esfuerzos en los problemas creados por la guerra, dedicaron su interés al problema de la sucesión presidencial, finalizando como estaba el período de Ayala.

Una corriente de opinión en favor de la reforma constitucional para hacer posible la reelección del doctor Ayala contribuyó a acrecentar el malestar público. La desmovilización, por otra parte, suscitaba problemas de difícil solución. La masa campesina había sido licenciada sin ninguna dificultad. No así el numeroso cuadro de oficiales, cuya resorción por la vida civil no podía efectuarse sino lentamente. (Cardozo, *idem*)

El rumor de que Estigarribia licenciaría a los militares en masa y sin compensación ocasionó una enorme inquietud popular. Franco, uno de los que lideraban el grupo de militares que sustentaban la idea de que las Fuerzas Armadas debían hacerse cargo del poder, fue expulsado del país a fines de enero. No obstante, en su ausencia, los oficiales que supuestamente pasaban a retiro por órdenes de Estigarribia se sublevaron, y el 17 de febrero salieron de Campo Grande y cayeron sobre la ciudad. Por la noche presentó su renuncia

el presidente Ayala, quien fue arrestado, como sucedió días después con Estigarribia, quien venía a Asunción desde el Chaco. Como se verá más adelante, los sublevados nombraron presidente provisional a Rafael Franco, derogaron la Constitución de 1870 y disolvieron el Parlamento. (Crocetti, 1994)

En la etapa posterior a la reciente contienda hubo un cambio en la autoconcepción de la población. La victoria había afianzado la autoestima y se comenzó a cuestionar el estado de pobreza y subdesarrollo del país. El mismo Eusebio Ayala llegó a presentar un proyecto de reforma agraria, que fue rechazado por el Parlamento.

Los elementos políticos, que ya en el Chaco trabajaban el espíritu de los militares para canalizar en su provecho la inquietud popular, hicieron cundir la versión de que el general Estigarribia se proponía licenciarlos en masa, automáticamente y sin compensación alguna. Los oficiales de reserva, que formaban la gran mayoría del Ejército, comenzaron a agruparse y a tratar con los políticos que preconizaban la necesidad de que las instituciones armadas asumieran el poder.

El coronel Rafael Franco, a quien se sindicaba como director de estos trabajos, fue obligado a abandonar el país a fines de enero. En su ausencia, la conspiración siguió adelante y se decidió realizar el movimiento al conocerse las órdenes de retiro de una gran masa de oficiales atribuidas a Estigarribia.

El 17 de febrero de 1936 se sublevaron las fuerzas de Campo Grande y marcharon sobre la ciudad, donde el Gobierno organizó la resistencia con las fuerzas policiales. Se combatió todo el día. A las nueve de la noche, el presidente Ayala presentó su renuncia al mando revolucionario y quedó arrestado.

El 20, Estigarribia, a quien los sucesos sorprendieron en el Chaco, fue también arrestado a su llegada a Asunción. Los militares sublevados suscribieron un 'acta plebiscitaria', designaron presidente provisional al coronel Franco, derogaron la Constitución de 1870 y disolvieron el Parlamento, todo en nombre de la Revolución que Ayala había sido el primero en anunciar.

El Partido Liberal fue extrañado de la vida política. De este modo, por el desenvolvimiento de una de las tantas crisis desatadas por la guerra, la de la desmovilización, eran arrojados a la prisión, al día siguiente de la victoria, sus dos grandes autores, e irrumpía en el escenario político del país el militarismo, que se sentía con fuerza suficiente para reemplazar en la dirección del Estado a los partidos políticos organizados. (Cardozo, 1996: 449 - 451)

Según Rafael Franco, «la guerra del Chaco fue el gran laboratorio del triunfo de la revolución» debido a que aquella contienda «puso en movimiento toda la potencia productiva del país, polarizó las energías colectivas, organizó los recursos materiales y (...) suscitó las reservas morales y espirituales más recónditas de la nación. Desplegó masas de paisanos de todas las regiones del interior. Les infundió fuerte conciencia de su solidaridad y de su esfuerzo y el coraje cívico para afrontar el porvenir».

El coronel Franco sostiene que «en el campo de batalla se unificó el pensamiento político de la revolución», puesto que allí «nadie era 'liberal' ni 'colorado'. Frente al invasor extranjero se llegó a comprender todo el absurdo del encono interno». Y agrega luego: «Jefes, oficiales y soldados, estuvimos todos unidos ante la gestión antipatriota de los gobernantes. El Dr. Eusebio Ayala no estaba ajeno a ello, pues fue incapaz de controlar la ola de violencia y de descontento popular».

Para apoyar con hechos esta afirmación, Franco recuerda que, en octubre del 35, Ayala advirtió al Congreso, de mayoría liberal, de que «una profunda revolución está teniendo lugar dentro de nuestra nación y que cada día se arraiga más en la conciencia ciudadana. Nosotros que pretendemos inspirar a esta gente y guiar su destino, no debemos guiarnos en conceptos pasados de moda... El país se encuentra en una situación que no permite dudas. Debemos hacer algo y hacerlo muy pronto»». (Franco, 1988: 196-7)

Pero el Congreso no hace ningún caso al clamor del presidente y rechaza una ley de pensiones para veteranos de la guerra, pero aprueba «una pensión mensual para el liberal José Félix Estigarribia consistente en 1.500 pesos oro de por vida». Además, el Congreso «repartió ascensos y medallas a los hijos de

prominentes liberales (emboscados la mayoría) que se destacaron por el completo desconocimiento del frente de guerra». (Franco, 1988: 197)

En conocimiento de esos antecedentes, cuando el Cnel. Franco regresaba a Asunción, en plena desmovilización, recuerda que «a la Compañía de Desfile a cargo del Tte. Schaerer que conservaba sus armas y, a pesar de las exigencias, el Mayor Martincich, con autorización mía -que conservaba aún el Comando del II C. Ejército- ordené que los fusileros conservaran 100 tiros, las F.A., por lo menos tres cargadores, las A.P. dos cintas y el M.S.B. seis valijines, con 18 granadas».

«El 31 de julio llegó al Km. 180 el R.I. 11 Abay procedente de Ingavi, que se incorporó al Destacamento. El día 8 de agosto, se realizó en la cubierta del buque insignia, el Humaitá, atracado en el muelle de Puerto Casado, una gran cena a la que asistieron todos los miembros del gabinete: el Dr. Eusebio Ayala, diputados y senadores, personalidades civiles, nacionales y extranjeras. El Comando del Ejército del Chaco con todo su EE. MM. Los comandos de Cuerpos con sus respectivos Jefes de EE. MM. y presidiendo la mesa, como anfitrión, el propio Presidente de la República».

«En aquella oportunidad, la Cía. del Tte. Schaerer recibió la orden de mantenerse alerta. El mayor Martincich, que también asistía a la cena, según se lo instruyó, esperaba mis órdenes, a fin de apresar al Presidente, su Gabinete y los Comandos allí presentes. La presencia de los Delegados de países extranjeros salvaron providencialmente de ser consumado el primer acto revolucionario en contra de los triples traidores de la Patria, que, de esta forma, por unos meses más, postergaron el acto de sentencia a que sin apelación alguna, merecieron el veredicto inapelable del pueblo: que los endilgaba como autores y coautores de este fatídico suceso, como un ejemplo de la afrenta más inicua inferida a la dignidad e integridad de la nación, y sus autores, responsables o encubridores, que hasta hoy, pululan en nuestro escenario, mancillando cruelmente el honor nacional, vivirán eternamente en la maldición y el desprecio de sus compatriotas». (Franco, 1988: 197-8)

El investigador santafecino Carlos Miranda, comenta que «un descontento generalizado empezó a crecer entre los rangos castrenses. Los oficiales de alto

nivel en la guerra, sin ser comandantes de primera línea, se las arreglaron para recibir premios considerables, y al general Estigarribia» como ya se dijo «le fue otorgada una generosa pensión vitalicia».

La dirigencia liberal, con su antiguo desprecio por las contribuciones de la población y su favoritismo hacia los oficiales liberales que no se habían mostrado muy activos en el frente, contribuyó a dar forma a un movimiento revolucionario que terminó con el gobierno liberal de Eusebio Ayala. Las ideas de los militares revolucionarios tomaron forma en febrero de 1936. Liderados por el Coronel Rafael Franco, los denominados febreristas eran contrarios al estado liberal que había gobernado al Paraguay desde 1904. Imágenes del Francismo (de Rodríguez de Francia) y de los López promovieron la creación de un gobierno con orientaciones fascistas, según la apreciación de Miranda, quien hace una descripción muy ilustrativa de los componentes del gobierno revolucionario. Dice que:

Como era una coalición heterogénea, los febreristas incluían una facción nacionalista, liderada por Juan Stefanich, los colorados representados por Bernardino Caballero, un grupo con ideas socialistas liderado por Anselmo Jover Peralta, fascistas liderados por Freyre Estévez y militares que habían combatido en la Guerra del Chaco.

Agrega luego que «aproximadamente en un año los febreristas prescribieron la Constitución, suspendieron los partidos políticos y pusieron a todos los grupos políticos bajo el control directo del Ministerio del Interior. Estos esfuerzos fueron dirigidos hacia la creación de un Estado unipartidario, con apoyo de parte de los estudiantes, obreros, trabajadores y veteranos de guerra». (Miranda: 55)

«La revolución del 17 de febrero del 36 dio origen a la formación de una línea política no tradicional, basada en el derecho que tiene el pueblo paraguayo de ser dueño de su tierra y su destino, sin interferencias de las oligarquías que le oprimen, desde 1870, y cuyo lema se sintetiza en el clamor de la liberación integral del pueblo paraguayo, con la reforma agraria, anti-imperialista y democrática, hacia la justicia social, que culminó primero en la formación de la Concentración Revolucionaria Febrerista en 1946 y posteriormente en la fundación del Partido Revolucionario Febrerista en 1951». (Rahi, 1998:25)

Sin embargo, este punto de vista favorable a la gesta febrerista no es compartida por todos, como es de esperar. Desde una óptica liberal, el golpe de febrero del 36 es calificado como «de signo ideológico nacionalista prototalitario» por el Dr. Manuel Psoa, quien lo sitúa dentro de una corriente antidemocrática y antiliberal, «encabezada principalmente por Juan E. O’Leary y Natalicio González», la cual «predicó un antiliberalismo rampante e inspirándose en los regímenes autoritarios de Francia y los López, anunció la aparición de un «Nuevo Estado», definido por el Decreto-Ley N.º 152 dictado por el gobierno revolucionario del coronel Franco, como una adecuación paraguaya «a las grandes corrientes totalitarias imperantes en la Europa contemporánea». El «Nuevo Ideario Nacional», por su parte, inspirado en el marxismo, coincidió en general con la tendencia anterior». (Psoa, 1995:329).

Asimismo Guido Rodríguez Alcalá, reconociendo en su Ideología autoritaria los avances del gobierno de Franco en el aspecto social, señala lo que a su criterio el mismo y el movimiento que lo llevó al poder tiene en común con acciones políticas similares de corte autoritario fascista, en su semántica agresiva, que «se niega a discutir y se limita al ataque personal sin fundamentar los cargos contra el adversario». Además, los golpistas se consideran a sí mismos «legítimos representantes del pueblo y de la heroica tradición militar paraguaya», por cuya razón precisamente «se dispensan las reglas del juego democrático, recurriendo al golpe contra los “bandidos de levita...”». Además se hace notar la «retórica anticapitalista y antiextranjera» que «es común a los movimientos fascistas», como ocurre con Hitler y los falangistas españoles, así como la promesa de reforma social como propaganda política.

Por todo ello, sostiene Rodríguez Alcalá que no puede afirmarse que la revolución del 17 de febrero haya tenido una ideología genuinamente revolucionaria «en el sentido de tender a un cambio social y económico radical», ni puede tampoco desconocerse que «en el febrerismo hubo tendencias genuinamente revolucionarias y que el problema obrero y el agrario fueron objeto de particular atención por parte del gobierno (no solamente para manipularlos)» Pese a ello, «un balance general nos indicaría que, desde el punto de vista ideológico, la regla era la confusión».

El ejemplo recurrente no es otro que el famoso decreto 152 del 10 de marzo de 1936, el cual fue emitido para «establecer el contenido político, jurídico y estatal de la Revolución Libertadora, en forma cierta e inequívoca que permita al pueblo paraguayo conocer, sin reticencias posibles, la nueva estructura del Estado, y estar a cubierto de toda incompreensión acerca de las fuerzas del mandato histórico del primer Gobierno de la Revolución». (Seiferheld, *Nazismo y fascismo en el Paraguay*, citado por Guido Rodríguez Alcalá). Es decir, si el ejército ha cumplido un mandato popular al derrocar al presidente Eusebio Ayala, ahora se siente en la necesidad de informar al pueblo sobre el alcance y contenido de la Revolución Libertadora, con lo cual admite que la decisión vino desde arriba, es decir, de los mandos superiores del ejército, y no surgió de un movimiento de base. Precisamente el hecho de tomar decisiones discrecionales a alto nivel para comunicarlas luego al pueblo «encuadra perfectamente dentro de la tradición fascista».

Efectivamente, según el teórico del nazismo Schmitt, se ha «sustituido el principio de elección (Wahl) por el de selección (Auswahl)». El gobierno fascista enfrenta al pueblo «a decisiones gubernamentales» y debe ratificarlas mediante el plebiscito, modalidad que fue establecida por la ley alemana del 14 de julio de 1933, lo cual, «dentro del espíritu general del fascismo», constituye apenas «una concesión hecha desde arriba al sentimiento democrático del pueblo», debido a que «si el gobierno (léase Ejecutivo) tiene poderes ilimitados y no debe rendir cuentas a nadie, las decisiones plebiscitarias, en rigor, carecen de sentido». Otro propósito del plebiscito dentro del marco de los sistemas fascistas, que de hecho niegan la importancia a la voluntad del ciudadano común, es que los mismos «desean una movilización total de la ciudadanía» a su favor. De modo que «se invita a los ciudadanos a colaborar con el gobierno».

Los artículos 2 y 5 del decreto 152 «deciden movilizar “el concurso voluntario” de la ciudadanía para apoyar al gobierno y crear un “comité de movilización civil de la República”», lo cual recuerda al Ministerio de Propaganda de Goebbels. Otros rasgos de corte autoritario fascista del decreto 152 se perciben cuando establece que: «Declárase identificada la Revolución Libertadora del 17 de febrero con el Estado de la República del Paraguay», y se lee más adelante «que el advenimiento de la Revolución (...) reviste la misma índole de las trans-

formaciones sociales totalitarias de la Europa contemporánea, en el sentido de que la Revolución Libertadora y el Estado son ya una misma cosa».

Puede compararse esto con el decreto alemán de 1.º de diciembre de 1933. Efectivamente, luego de la victoria de la Revolución Nacional Socialista, «el NSDAP es el representante de la concepción alemana del Estado y se encuentra indisolublemente ligado al Estado». (G. R. Alcalá)

También el decreto 152 dice en su artículo 3: «Toda actividad de carácter político de organización partidista, sindical o de intereses creados o por crear de naturaleza política dentro de la Nación, que no emane explícitamente del Estado o de la Revolución identificada con el Estado, se prohíbe por el término de un año», otra coincidencia con las leyes nazis, en este caso, con las del 2 de mayo de 1933 (disolución de los sindicatos), del 22 de junio de 1933 (disolución del partido social demócrata, el único que quedaba entonces), del 14 de julio de 1933 (contra la creación de nuevos partidos).

La subordinación de las cuestiones laborales al Departamento Nacional del Trabajo, órgano del Ministerio del Interior, coincide asimismo con la ley nazi del 2 de mayo de 1933 «y con la política fascista de controlar políticamente las cuestiones laborales, forzándolas a quedar bajo la dirección y control de una oficina gubernamental». (G. R. Alcalá)

Las facultades otorgadas al Cnel. Franco de gobernar a través de decretos y sin participación parlamentaria «son análogas a las que concedieron a Hitler la ley de defensa del pueblo y del estado (29.II.33) y la ley de poderes extraordinarios (Ermaechtigungsgesetz) del 24 de marzo del 33». Rodríguez Alcalá admite que Franco no ha sido un Hitler ni ha «tenido intenciones de imitarlo», ha establecido «un sistema represivo que prestaría grandes servicios a algunos sucesores». (G. R. Alcalá)

Franco es calificado por Rodríguez Alcalá como «personalmente honesto y políticamente inepto» y afirma que el mismo «se aparta del principio liberal de división y separación de poderes del estado», el cual ha sido básicamente «respetado, a pesar de numerosos incidentes autoritarios, entre 1870 y 1936».

A partir de entonces, con el pretexto doctrinario que le dejara el movimiento febrerista para intervenir en la vida política, «el ejército, que con la euforia triunfalista del Chaco se siente encarnación de la esencia nacional, depone a Franco en agosto de 1937; vigila de cerca de su sucesor Paiva; conspira contra Estigarribia, presidente electo en 1939», quien a su vez se cree con el derecho «de dar un golpe de estado contra la legalidad de su propio gobierno». En otras palabras, la revolución febrerista otorga un vale de legitimidad a las posteriores instalaciones de gobiernos autoritarios que se autocalifiquen de auténticos intérpretes de los intereses nacionales. (G. R. Alcalá)

«Nosotros ahora venimos a nuestra vez a plebiscitar la protesta suprema de todo el pueblo de la República, de todos los hombres y mujeres amantes de su tierra, contra un régimen de bandidos de levita, sobornados por el extranjero y de asesinos empedernidos y que, a través de varias décadas de violento predominio, ha terminado por constituir el foco infeccioso de los mayores males internos y externos que jamás hayan atacado con mayor peligro de muerte la salud moral y material de la República».

«El presidente Ayala constituía el cuerpo del delito más acabado que ofrecía a la opinión sana de la República la avilantez sin límites de esa mafia». (G. R. Alcalá)

La Revolución de Febrero tal vez no hubiera tenido tanta trascendencia por su duración o sus resultados, como por lo que significó en cuanto a las transformaciones políticas a que dio lugar en la vida política del país a partir de la posguerra hasta el fin del siglo XX.

José A. Galeano advierte del maniqueísmo que se percibe a menudo en el análisis de los sucesos históricos del Paraguay. La revolución febrerista no escapa de ese peligro. Están por un lado los que «la califican poco menos que diabólica» por el hecho de haber derrocado y desterrado al Presidente de la Victoria, quien finalmente moriría en el exterior, así como al conductor militar, el entonces general Estigarribia. Por otro lado, están los que la califican de «gesta libertaria, encauzadora de rumbos torcidos y antipopulares». (Crónica histórica...)

Luego de «tres años menos un día» de hostilidades, el conflicto no terminó de resolverse hasta julio de 1938. Los victoriosos excombatientes se encontraron con problemas no resueltos, viejos y nuevos, a la vuelta a sus hogares y a la vida civil. Los gobiernos a cargo del Partido Liberal, en el poder desde 1904, aparecían para muchos como representantes de un modelo cada vez más agotado y quizás incapaz de enfrentar y resolver esos problemas sensibles a la población, y a los mandos medios e inferiores de las Fuerzas Armadas. «Aun cuando el celo puesto en el manejo macroeconómico durante el reciente conflicto internacional llevó al país a producir en la Región Oriental casi como si nada ocurriera en la Occidental, hasta el punto del incremento de algunos rubros de exportación y el pago de los gastos de la guerra sin apelar a onerosos préstamos internacionales, había deudas pendientes con la sociedad en su conjunto. El viejo problema –bueno es recordar que en el siglo pasado, luego del genocidio del 64 al 70, como consecuencia de la malhadada guerra contra la Triple Alianza la economía del país en ruinas solo podía solventarse con la venta de las tierras públicas –de la reforma agraria, seguridad social para trabajadores y obreros, atención a la salud de la población, la incorporación de nuevas técnicas y equipamiento –fundamentales para un país con las características del Paraguay –en la actividad agrícola, las grandes obras públicas de infraestructura que apuntaran a un verdadero desarrollo, eran las principales de esas asignaturas pendientes». Si bien «no se podía objetar mucho en materia educativa» gracias a la Reforma Cardozo, bajo el gobierno de Eligio Ayala, «en los otros terrenos señalados sí. Y con sobrada razón. ‘Aproximadamente cien mil excombatientes desmovilizados, integrados casi en su totalidad por campesinos, llegaron al centro neurálgico de la vida política y administrativa del país: Asunción. En la ciudad, la efervescencia de los intelectuales reformistas contribuía a crear un clima de intranquilidad, que probablemente afectaba con especial vigor a las capas medias –pequeños comerciantes e industriales. En esta coyuntura política, el ejército victorioso, y la Asociación Nacional de Excombatientes, con una gran capacidad de movilización, se convirtieron en actores del proceso, que culminó con el derrocamiento del presidente...Ayala’». (Crónica...: 820-1)

Son dignas de consideración la visión y la franqueza del Dr. Eusebio Ayala cuando expresa:

En 1904, una vez en el poder, surgió entre nosotros, o se renovaron, los viejos enconos y la división más espantosa y ridícula se enseñoreó de los dirigentes. Y en lugar de unirnos y procurar conquistar la buena voluntad del pueblo paraguayo y del colorado, nos dedicamos a perseguirlos con saña, los acusábamos de bárbaros y les demostramos que nosotros éramos más bárbaros que ellos.

Y el mea culpa, en primera persona, es contundente:

Nosotros, al terminar la guerra, creyéndonos superiores y únicos triunfadores en la guerra, nos dedicamos nuevamente a fomentar viejas discordias con el apetito de figuración en el futuro gobierno, buscando enemigos dentro del propio partido, soslayando la realidad de un pueblo que con todo derecho pediría se le reconociera sus sacrificios y se solucionaran sus problemas sociales y económicos, ya que habían ganado en el campo de batalla el derecho a que sean escuchados y sus demandas atendidas con preferencia por el Gobierno. (Ferreira, Saturnino. Proceso Político del Paraguay, citado por Rahi, p. 26)

El detonante

La Ley N.º 1292 del 31 de diciembre de 1932, llamada «Ley de la Defensa Nacional», firmada por el presidente Eusebio Ayala, «en once artículos y trece incisos define cada uno de los puntos que al régimen convenía fueran considerados como delitos, estableciendo las penas de destierro y encarcelamiento que en cada caso correspondía».

Todo hace suponer que dicha ley tuvo como blanco principal a los comunistas y a la difusión de esa ideología, que con fuerza irrumpía en el mundo en esos tiempos. «Cuando la Guerra del Chaco tocó a su fin, el gobierno de Eusebio Ayala hizo aflorar la condición de comunistas en varios gloriosos jefes de nuestro ejército en campaña, posiblemente porque ya eran conocidos desde antes de la guerra como no comulgantes con el viejo régimen imperante en el país. Varios de ellos fueron expulsados del territorio nacional, considerados como “elementos extremistas” empeñados en luchar contra el orden y la paz de la República». Pero sin duda el destierro del Cnel. Rafael Franco constitu-

yó uno de los detonantes de lo que después se concretó en el movimiento de febrero». (Rahi: 28)

Los hechos

Efraím Cardozo relata (1967: 74-75) los sucesos de aquel lunes 17 de febrero. Cuenta que:

Los tenientes coroneles Federico W. Smith y Camilo Recalde fueron llamados para dirigir la acción revolucionaria... A las ocho de la mañana comenzó el tiroteo. El Departamento de Policía fue atacado con bombas de mortero que causaron gran mortandad. Las fuerzas gubernistas abandonaron el edificio y se replegaron primero sobre el local del Correo y luego sobre el Departamento de Marina. Mientras tanto, una por una las comisarías caían en poder de los revolucionarios. Se luchó durante todo el día. El presidente Ayala se trasladó al anochecer al "Paraguay", cañonero estacionado en la bahía. El jefe del mismo, capitán de Fragata Báez Pin, pidió autorización para levar anclas y marchar al norte, a fin de buscar contacto con las tropas de Concepción y las del Chaco, que no se habían pronunciado y donde se encontraba desde el día anterior el general Estigarribia. El doctor Ayala se negó a dar la orden. "Estoy dispuesto a renunciar para evitar mayor efusión de sangre", dijo al capitán Báez Pin. Momentos después subía a bordo el teniente coronel Recalde, quien recibió de manos del doctor Ayala su renuncia a la presidencia de la República. Eran las 9 de la noche...

Dos días después, traído del exilio, «en una avioneta del diario Crítica de Buenos Aires, llega el coronel Franco, quien, con el cargo de Presidente Provisional de la República, asume el mando del gobierno y de la triunfante revolución». El coronel Rafael Franco, integrante de la primera promoción de egresados de la Escuela Militar, antiguo jefe de la reciente contienda, es «célebre tanto por su valor y arrojo (...), como por su carácter díscolo, por sus desplantes de indisciplina y por sus marcadas diferencias con el general Estigarribia. Un documento conocido como Acta Constitucional del Plebiscito del Ejército Libertador concedía a Franco, a más del poder, la potestad de convocar una Convención Nacional Constituyente 'que habrá de resolver sobre la organización moderna y definitiva de la República' y de dictar decretos-ley, si bien preceptuaba que la Constitución de 1870, libertaria y sólida, sería observada 'en su espíritu y preceptos fundamentales, considerando las circunstancias del momento histórico'». (Cardozo, citado por Galeano, en Crónica...)

El gobierno surgido el 17 de febrero lo integraron, «coaligados, nacionalistas de la Liga Nacional Independiente –agrupación aparecida el 14 de mayo de 1928, que pretendía constituirse en opción frente al bipartidismo vigente.» (Crónica histórica...)

Obras del gobierno revolucionario

Algunas de las acciones del gobierno de Franco, de dieciocho meses, lo constituyen «la cancelación de todos los decretos que declaraban fuera de la ley y traidor al Mariscal López, y se pasa a considerarlo ‘Héroe Nacional’, en abierta oposición a la opinión liberal mantenida por décadas. Son repatriados los prisioneros de guerra, tanto paraguayos como bolivianos. La creación de los Ministerios de Agricultura y de Salud Pública y la promulgación de la Ley de Reforma Agraria –el más acabado intento en nuestra historia política por lograr una repartición justa de los improductivos latifundios del país –son acontecimientos destacables de neto corte social. En el afán de ordenar la economía nacional se creó el Banco de la República del Paraguay. Llegó a la conclusión la construcción del Oratorio de la Virgen de la Asunción –monumento inspirado en el parisino y paradigmático ‘Cuartel de los Inválidos’ –destinado a ser Panteón Nacional de los Héroes». No deja de ser notable la celebración del Primer Congreso Eucarístico Nacional en ese periodo.

Al decir de Juan Stefanich, ministro de Relaciones Exteriores de Franco, citado por Horacio Galeano Perrone, «la Revolución de Febrero... fue en sus comienzos un movimiento caudaloso, multitudinario, arrasador, marcadamente heterogéneo, sin una orientación ideológica claramente predeterminada: fue una especie de BASTA, que resonó en todo el ámbito nacional con fuerza arrolladora». (Galeano Perrone, 1986: 79).

«Por desajustes internos y presiones externas se frustra el proyecto del 17 de febrero cuando otros militares contragolpean el 13 de agosto de 1937. Aunque el “estado de derecho liberal” no volverá a recomponerse más, Rafael Franco parte al destierro y con él los principios que le tocó encarnar. Con duro extrañamiento, pobreza e incumplidos afanes, pagó el legendario “León Karē” su fidelidad a la causa que sustentara. Murió en la Asunción el 15 de setiembre de 1973, para ingresar, merecidamente, en la historia» (Amaral, *Forjadores*).

Conclusión

Queda claro que los dieciocho meses de gobierno febrerista cambiaron la historia paraguaya del siglo XX. Nadie puede simplemente enmarcar el proceso, concreción y abrupto final del movimiento encabezado por Rafael Franco dentro de la anécdota o de los accidentes históricos que de vez en cuando se dan y que no constituyen una influencia de peso en el devenir constante de la vida de los pueblos. Si tal cosa pudiera suceder en la realidad – pues nunca es sabido o comprendido del todo el alcance de una acción pequeña o aparentemente baladí – en todo caso, el periodo de la Revolución de Febrero se encuentra más lejos que ninguno de esa posibilidad.

Hay un antes y un después del 17 de febrero. Y tanto las visiones exclusivamente favorables como las extremadamente desfavorables corren el riesgo, y muchas veces caen en él, de pecar de parciales y reduccionistas.

Nadie puede asegurar que si el clamor del Dr. Ayala se hubiese tenido en cuenta y si su gobierno hubiese efectuado los cambios profundos que requerían las circunstancias, la República no se hubiera encauzado por los caminos institucionales hacia la satisfacción de esos imperativos, sin necesidad de ninguna revolución armada.

Tampoco es justo ni exacto atribuir al gobierno de la Revolución toda esa carga de autoritarismo y militarismo de corte fascista, que no estuvo ausente y hasta es comprensible por el contexto histórico y político internacional de la época, pero de ninguna manera como la pretensión de instalar en el Paraguay un régimen de terror y persecución racista ni nada parecido.

Apenas asumido el mando, el Coronel Franco declaraba que «el problema político-social planteado a los hombres de gobierno, consiste en un cambio de estructura del viejo estado liberal», para agregar que «la estructura del nuevo Estado Paraguayo será una expresión tan fiel como sea posible de la fisonomía y de la realidad orgánica natural de nuestra Nación», lo cual puede ser blanco de críticas o al menos de discusión. ¿Quién interpreta esa fisonomía y esa realidad natural? Luego dice: «No copiaremos ninguna de las constituciones presentes, pero aprovecharemos las expresiones de todas ellas y daremos a la nueva organización nacional (...) la sustancia medular de nuestro pueblo y

nuestra raza». Podría hacerse la misma objeción, con el agregado de una llamada de atención sobre el peligro del racismo, pero seguidamente dice: «El Estado Paraguayo no será comunista, ni fascista, *ni racista y no adoptará las formas políticas referidas*». (Crónica histórica...)

No obstante, a no dudarlo, gobiernos posteriores tuvieron el precedente y el pretexto inspirador en el movimiento febrerista para sus gestaciones e imposiciones autoritarias. Los aportes en el terreno de la justicia social son completamente innegables. ¿Fue necesario llegar al golpe para realizarlos? Tal vez no, pero había que esperar mucho, y los gobiernos de la era liberal hacían suponer que el pueblo había de esperar todavía, quizá demasiado.

No quiere esto decir que los gobiernos colorados, anteriores al 36, hayan orientado sus acciones en pos de la satisfacción de esas necesidades populares. Hay que recordar que el febrerismo fue el primer intento serio de proporcionar al pueblo una alternativa al ahora sempiterno modelo bipartidista.

Finalmente, podemos cuestionar la capacidad y hasta la idoneidad política del Cnel. Franco, pero de ninguna manera dudar de su patriotismo y honestidad a toda prueba, reconocidos hasta por sus detractores. En los breves 18 meses, «bajo su mandato, no se robó, no se torturó ni se asesinó a nadie». (H. Pérez Cáceres. Franco. *Memorias*)

Indiscutido, además, el *Parapiti Póra* como héroe de la guerra y brillante militar en campaña. Por algo dijo de él el Gral. Hans Kundt, Comandante en Jefe del Ejército boliviano: «*Es el jefe más activo y peligroso del Ejército paraguayo*». (Franco, *Memorias*. Solapa)

Bibliografía

- RAHI, Arturo. *La entrega del Chaco*. 2.^a Ed. Asunción: Carlos Shauman, 1998.
- MIRANDA, Carlos R. *Paraguay y la era de Stroessner*. Asunción: RP ediciones
- CARDOZO, Efraím. *El Paraguay Independiente*. Asunción: El Lector, 1996.
- CARDOZO, Efraím. *Efemérides de la historia del Paraguay - Hoy en nuestra historia*. Ediciones Niza. Asunción-Buenos Aires, 1967.
- FRANCO, Rafael. *Memorias Militares*. Asunción, 1988. Tomo II. Nueva Edición
- GALEANO PERRONE, Horacio. *Ideología de la dependencia*. Ediciones La República. Vol. IX. Asunción, 1986.
- RODRÍGUEZ ALCALÁ, Guido. *Ideología autoritaria*. Asunción: RP ediciones, 1987.
- CROCKETTI, Sandra. *Nueva historia del Paraguay*. Asunción: Editorial Hispana Paraguay, 1997. Tomo 5.
- VARIOS. *Crónica Histórica Ilustrada del Paraguay. La posguerra del Chaco*. José Antonio Galeano. Buenos Aires: Distribuidora Quevedo de Ediciones, 1998. Tomo III.
- VARIOS. *Forjadores del Paraguay. Raúl Amaral y otros*. Buenos Aires: Distribuidora Quevedo de Ediciones, 2000.
- PESOA, Manuel. *General Doctor Benigno Ferreira. Su biografía, insertada en la Historia del Paraguay*. Asunción: Intercontinental, 1995.